

LUIS GARCÍA MONTERO, *No me cuentes tu vida*, Barcelona, Planeta, 2012, 459 págs.

Luis García Montero (Granada, 1958) es uno de los intelectuales más importantes de las últimas décadas en España. Conocido y reconocido por su poesía, también ha publicado ensayos y crítica literaria que han dado un soporte sólido a su obra lírica. Pero su contribución al pensamiento contemporáneo, con sus continuas apariciones en medios escritos, con artículos y columnas, siempre de carácter comprometido, en la radio y la televisión, le han convertido en una figura clave de la izquierda. Sus numerosos premios y reconocimientos así lo atestiguan, y sus seguidores se cuentan por miles. Ya en los años noventa había publicado junto a Felipe Benítez Reyes la novela *Impares, fila 13*, y algún otro cuento compilado después en *Aguas territoriales*, hasta que en 2009 publica *Mañana no será lo que Dios quiera*, una biografía novelada de Ángel González, el poeta asturiano muerto en 2008 y con el que el granadino mantuvo una intensa relación amistosa y discipular. La novela fue un éxito de público y de crítica, despertando seguramente la curiosidad de ese novelista que es Luis García Montero y que todos llevamos dentro, que ya había hecho amagos como hemos señalado en los años noventa como narrador, para adentrarse en su segunda novela, *No me cuentes tu vida*, que aquí nos convoca.

«No me cuentes tu vida» es una frase lapidaria con la que algunos hijos espetan al padre o a la madre para que no le suelten el rollo aleccionador sobre algún tema, que no les expliquen nada, ya que consideran que tienen derecho a elegir libremente su camino y por supuesto a equivocarse. «No me sueltes el rollo», podría también traducirse en argot. Pero también es verdad que aprender de los errores de uno es una premisa que no siempre está al alcance de la mano, aunque eso sea otro asunto. La frase «No me cuentes tu vida» aparece en varias ocasiones durante la novela, ejerciendo como un *leit motiv* a través del cual el personaje principal, Juan Montenegro Peña, nos relatará su vida, nos contará literalmente su vida, la cual, por cierto, mucho tiene que ver con la propia biografía de Luis García Montero, aunque eso no venga al caso para la trama ficcional que sustenta la diégesis. Quizá podríamos elaborar una suerte de plantilla enumerando las cosas del autor que se parecen y se diferencian con su personaje, pero quizá sería un trabajo imposible, ya que tampoco conocemos pormenorizadamente la historia de Luis García Montero, y

no podemos datar con seguridad las referencias que se citan. En cualquier caso, como decimos, sería inservible de cara a la novela, y no es lo más importante: sería una cuestión subsidiaria y solo interesante para la crónica particular del autor y su familia más cercana.

Lo que sí interesa es comprender cómo se va tejiendo un círculo de nombres y amigos, una red de personajes falsos/verdaderos que enmascaran por diferentes motivos a personas reales, por ejemplo la historia del autor, que es un conocido poeta que ganó en 1982 el Premio Adonáis con *Las nuevas estaciones* (p. 61), trasunto de sí mismo y de *El jardín extranjero*, que se alzó con el mismo galardón el mismo año; o su relación con Pedro Alfonso, trasunto de Rafael Alberti, con quien el propio García Montero vivió una intensa relación de amistad. Juan Montenegro Peña, poeta y profesor universitario, como el propio Luis García Montero, se encontrará redactando durante la redacción de *No me cuentes tu vida*, un libro sobre Pedro Alfonso, un libro en el que cuente sus años de la Guerra Civil y sus años de exilio, y que empezará a tomar cuerpo a partir de la página 357: «Ayer acabé mi libro sobre Pedro Alfonso». A partir de ese momento la historia de y sobre Pedro Alfonso se nos cuenta con pinceladas más largas, porque el libro que se ha terminado es la propia historia personal que se nos relata, siempre en relación con el propio Montenegro, ya que las vidas de los demás pivotarán en torno a la del propio autor. Decimos que *No me cuentes tu vida* toma el título de una frase del hijo de Montenegro, Ramón, pero en realidad es el motivo por el cual se espolea una historia de más de cuatrocientas cincuenta páginas. De manera doble se van abriendo los relatos, que se bifurcan a su vez, siempre en función de la óptica del autor, quien controla en todo momento quién debe aparecer y quién no, e incluso los celos de algún personaje cuando es desplazado en determinados momentos.

Por eso se nos cuenta en primera persona la historia del propio Montenegro, su infancia, su adolescencia, su familia y sus años universitarios, hasta su viaje a Bucarest a comienzos de los años ochenta con Pedro Alfonso, donde conoce a Lola, su compañera actual y por la que acaba separándose de la anterior relación, con la que mantenía una hija, Estrella. La historia de Montenegro es por tanto la historia de Lola, la de Ramón, su hijo, la de Estrella, la de Ana, la abuela materna, pero también la historia de Pedro Alfonso, y un largo y complejo entramado de máscaras y mascaradas en el paisaje granadino de los años ochenta del propio autor. De igual manera es

también la historia de una evolución política o, mejor, ideológica, la del comunismo, la de los partidos comunistas, plasmada en dos momentos generacionales distintos, el de Pedro Alfonso y el de Juan Montenegro, cuando en una conversación privada entre ambos se pone en tela de juicio los crímenes de Stalin y la necesaria crítica que se merecen, para denunciarlos. Pedro Alfonso dirá:

Maldigo a Stalin y a todo lo que significó. Pero no voy a escribir un poema contra él. Cada uno carga con su experiencia, y yo sigo siendo un derrotado de la guerra civil española, un asqueroso comunista que guarda todavía el luto de sus propias muertes. Y hay asesinos de muchos pelajes en la historia de mis muertos. Escribe tú el poema, ahora mismo, esta noche, y me lo lees mañana. Seguro que te sale muy bien, repugnantemente bien y justo. Me va a gustar mucho. Ya lo vas a ver. Mañana. Pero ahora me voy a la cama (p. 378).

En suma: la evolución de «un mundo raro», tal y como titula la segunda parte de la novela. Se trata de la dura historia que contemplaban en 1989 Pedro Alfonso y Juan Montenegro, cuando asistían pasmados a la caída del comunismo (primero en Rumanía, pero recordemos que desde hacía décadas se venía fraguando con la denuncia de los crímenes de Stalin en los años cincuenta, la invasión de Checoslovaquia, etcétera). Era la caída de las utopías, la llegada a la disolución neoliberal posmoderna, el conformismo de hoy. Montenegro asumirá la evolución de sus esperanzas utópicas y colectivas, desde el año 1976 en que levanta el puño en la plaza de Fuente Vaqueros (p. 59), hasta la pérdida del discurso –la pérdida de voz, la desarticulación del lenguaje del compromiso– contemporáneo de la izquierda. La poesía, en cualquier caso, será ese amarradero donde poder asirse en momentos en que todo lo sólido se desvanece en el aire.

Porque sin duda que otro de los rasgos interesantes de la ambiciosa novela *No me cuentes tu vida*, es que todo el eje argumental se estructura en torno a la historia narrada por un poeta. Los dos cuadernos que se escriben, el negro y el azul (con dos partes cada uno), y que marcan equilibradamente los momentos del libro, se presentan como una excusa para contarle a su hijo no sólo su propia vida sino para poner en claro sus ideas. Novela familiar, novela de confesiones (las cuales marcan el ritmo e interés morboso en ciertos momentos), crónica de los años peores y mejores y autobiografía novelada, *No me cuentes tu vida* es también una manera de limpiar la

conciencia, ya que ante todo se concibe como el relato de la conciencia –y a veces de la mala conciencia– del propio autor. «Parecía otro. La idea de contar su vida en un cuaderno había sido un acierto. A Juan le viene bien sacarse las cosas de la cabeza, ordenarlas, ponerlas por escrito, tomar un poco de distancia, admitió Lola» (p. 312). Conciencia en sentido lato que irá apareciendo explícitamente en muchas ocasiones, desde la justificación de las primeras páginas a través de la frase: «La intimidad es la toma de conciencia de que existe una habitación particular en el mundo» (p. 13), a la culpabilidad de Montenegro por adoptar «criada» (se elude específicamente la palabra «sirvienta» o «asistenta»), en la página 72 y ss., hasta la propia reflexión sobre la responsabilidad del escritor: «Permítanme que les diga a ustedes que dedicarse a escribir supone tomar conciencia de la responsabilidad de contar» (p. 336). Intimidad e historia. Su evolución y cambio es también una forma de entendernos a nosotros mismos, capaces de comprender el carácter emancipador de los sentimientos y de la responsabilidad de nuestros propios actos, encarnados en el amor. Hablar para un poeta –para el poeta que es Juan Montenegro– del amor es hablar de revolución, por tanto, y la relación de los sentimientos y la historia se pone de este modo más de manifiesto que nunca. Amar es una forma de rebeldía. Aun así, el poeta Juan Montenegro no está exento de contradicciones, como cualquier hijo de vecino:

–No hablo de renunciar a la política. No es eso. –Estaba llegando a unos extremos de sinceridad que me incomodaban. Más tarde iba a arrepentirme. Hacía falta mucha intimidad para confesarle a alguien aquello que uno mismo no llega a entender, esos brumosos estados de ánimo que sólo pueden vivirse como una contradicción (p. 352).

O en este otro momento en que se compara la idea de *engagement* clásica a través de un político profesional y de un artista:

–Tiene razón. ¡El compromiso! También es verdad que siempre hemos mantenido ideas muy diferentes sobre el compromiso. Tu madre piensa que comprometerse es aspirar al poder.

–Y tú no eres más que un poeta... Ya me sé la historia [...] (p. 428).

Sin duda que este es uno de los asuntos centrales de la novela, el de más calado, con el trasfondo de la desaparición de las ideologías y

la disolución del compromiso contemporáneo en la apatía y la falta de inquietudes que vivimos.

Muchas son las técnicas que se ponen en funcionamiento durante la novela, pero quizá una de las más acertadas sea la superposición de momentos del pasado y del presente de las páginas 209-210, usada en varias ocasiones más. Aunque el tono predominante de gran parte de la novela se basa en un diálogo –o sea, un monólogo– sostenido de la propia conciencia del poeta en el que se ponen en juego pasado, presente y futuro en un continuo ir y venir –fluir– de personajes e historias bien diversas, sin renunciar a la ironía, pero con altas dosis de denuncia y de reflexión social, como el episodio de la parroquia de San Carlos de Borromeo (pp. 344 y ss.), que da paso a una denuncia y una reflexión profunda de los problemas de la inmigración y las bolsas de marginación que se crean en esta sociedad del consumo y la opulencia; o en el desmedido deseo de compras que poseen los rumanos emigrados a España, que ven las grandes superficies como un consuelo para sus insatisfacciones más íntimas: «–Oye, Felicia, a ti el consumo te consume.» (p. 404).

Pero esa larga conversación con la propia conciencia conlleva argumentaciones y contrarréplicas, no exentas de dolor y paradojas: «¿Una frialdad real? ¿La invención de mi mala conciencia? La culpa provoca más imaginaciones que la realidad.» (p. 196) O en la página 298: «[...] la culpa tampoco mantiene siempre una relación literal con los hechos [...]», cuando el narrador intenta desvincularse de ella. Una conciencia que se encuentra, por consiguiente, siempre al límite de su propia reflexión, de su propio cuestionamiento, y que puede sentirse impostora, como en la página 216: «Querido Ramón, escribo en este cuaderno con la mayor sinceridad que puedo. Es mi recurso. Pero debo admitir que te está contando su vida alguien que en muchas ocasiones se siente como un impostor.»

Se trata, en este sentido, de una conciencia que se despliega y nos va mostrando el mundo de una España que ha vivido un cambio antropológico muy acusado desde los años sesenta a hoy, y que viene planteado desde varias generaciones, las que vivieron de un modo u otro la guerra o la posguerra, las que vivieron la transición y los albores de la democracia, y las que vivieron el despegue económico y la actual crisis, ante la pasividad ciudadana. Ramón, hijo de Juan y Lola, es un joven de veintitrés años que se enamora de la «criada» rumana que trabaja para la familia, y acaba casándose con ella. Incluso el padre los descubre haciendo el amor en su habitación (pp.

218 y ss.) A partir de ahí (ya que se da por sabida esa relación desde el inicio de la novela), de la aceptación de esa realidad, del diálogo con el hijo y consigo mismo, Juan Montenegro cuenta una y mil cosas y desarrolla su propia teoría y experiencia del mundo, *Un mundo raro*, sin duda, como la canción de José Alfredo Jiménez. Un mundo raro que nosotros, los lectores, vamos descubriendo con la aceptación de quien no puede hacer otra cosa que entusiasmarnos con su lectura, pero sobre todo con el interés de quien se siente en la cadena de un aprendizaje que, aunque suena a tópico, nunca acaba.

JUAN CARLOS ABRIL  
*Universidad de Granada*